

seno, en cuyas manos llegaba á ser el mando el vencedor de agravios locales, y el instrumento de enemistades privadas.

Las constituciones de las repúblicas griegas reservaban al pueblo la sancion de las leyes y de otras disposiciones del poder supremo, y á veces tambien ciertos actos administrativos y judiciales que siempre habrian debido estar en manos de delegados. Los poderes no ejercidos allí por el pueblo se repartian entre diversas clases de magistrados, cuyos nombres y atribuciones variaban segun los tiempos y los lugares, y no siempre ofrecian un sistema fijo y regular. Aunque tales instituciones evitaban ordinariamente los abusos mas escandalosos y los mas violentos excesos del poder, las turbulencias y las frecuentes usurpaciones demuestran su imperfeccion.

Mucho nos falta saber acerca de las leyes civiles y penales de los pueblos de que habla Herodoto, aun cuando refiere á veces no pocas de sus disposiciones. Pero las reglas de la moral humana se reproducen mas ó ménos en todos los códigos que tienen por objeto organizar la familia, la herencia, la propiedad, el tráfico, por mas que cada pueblo agregue al suyo, artículos sugeridos por sus hábitos y particulares tradiciones. Las leyes penales son las mas variables y características, y la barbarie de los suplicios es la medida de las costumbres. Bajo este aspecto principalmente debe parecernos la civilizacion antigua poco adelantada; pues que se prodigaba la muerte, agravándola con torturas y largos padecimientos; y delitos cuya existencia á veces no estaba probada, se castigaban con irritantes atentados contra las santas leyes de la humanidad. Las costumbres guerreras predisponian para tan sanguinaria severidad, y paliaban su horror.

El espectáculo que frecuentemente nos presenta Herodoto, es el de la guerra, y en su consecuencia, el de aquellas fuerzas armadas que hemos considerado como tercer ramo de las instituciones políticas. En las monarquías no parece que la ley fijase término alguno para los enganches, dependiendo estos de la voluntad del príncipe. Si Jérges con gran rigor mermaba las familias, ricas ó pobres, nobles ó plebeyas, y si sus soldados marchaban á latigazos, á semejanza de las bestias de carga, ¿cómo extrañar que aquella turba de esclavos fuese derrotada? Bastaba á los Griegos no dejarse espantar por el enemigo para quedar vencedores. Ya ántes Darío habia levantado ejércitos mas aguerridos, pero incapaces todavia de triunfar de pueblos libres; y el que quiera encontrar entre los Persas legiones intrépidas y dignas de vencer, tiene que remontarse hasta los tiempos de Ciro. La Grecia nos ofrece el ejemplo mas digno de una fuerza verdaderamente nacional, compuesta de ciudadanos armados para la defensa de sus hogares, y para sostener la independencia de la patria. En Platea, los guerreros de Esparta se presentaron acompañados, por primera vez, de una tropa de llotas; pero era costumbre de las ciudades griegas armar solo á los libres, no á los aventureros, siervos ni mercenarios. Las familias mas ilustres de cada tribu y clase daban los mejores combatientes. Por tanto, el servicio militar no llegaba á ser una profesion especial y permanente; y en caso necesario todos participaban de los peligros y de los honores, confundiendo el ejército con la ciudad. Es probable que tal costumbre hubiera bastado á pueblos que solo hubiesen querido defenderse; cualquier otro sistema en las repúblicas amenaza la libertad interior, y tiende mas ó ménos á perpetuar el estado de guerra. El que no quiera preconizar las agresiones injustas y afortunadas, y el latrocinio que se llama conquista, creo que convendrá en que hasta el año 478 los guerreros mas ilustres, cuya gloria es tan pura como espléndida, son los ciudadanos que supieron vencer en Maraton, morir en las Termópilas, y triunfar en Salamina, Platea y

Micale de todas las fuerzas del Asia. Los Persas no osaron ya medir sus fuerzas en el mar con los Griegos, principalmente con los Atenenses, que en breve se habian hecho formidables en esta difícil parte de la guerra. Tan cierto es que el ardiente amor á la patria y á la libertad provee á todas las necesidades sociales, á medida que nacen. Por lo demas, en lo interior los Estados griegos muy rara vez acudian á la fuerza, bastando el corto número que habia de guardias y oficiales de los magistrados para conservar el orden; al paso que en los grandes peligros interiores ó exteriores no se recurría mas que al celo de los ciudadanos. Este podia debilitarse ó extraviarse, pero eran fuerzas morales las que se empleaban para dirigirlo, ilustrarlo y mantenerlo.

El sistema de ingresos y gastos públicos forma el cuarto ramo de las instituciones necesarias para la conservacion de un Estado. Los ingresos consistian ó en frutos de los bienes administrados por el Estado, ó en contribuciones que sacaba de las personas ó casas á las cuales daba proteccion. Á ejemplo de los reyes de Persia y Egipto, que habian conservado la posesion de muchos dominios, creian los Griegos útil el adjudicar ó dejar á las ciudades, á los templos y á otros establecimientos los bienes inmuebles, cuya utilidad se aplicaba á ciertos gastos. La república ateniense vendia el derecho de explotar las minas; otras ciudades gozaban los mismos ó semejantes provechos; manera de disminuir los impuestos, y á veces de no percibirlos sino en las necesidades extraordinarias. Una parte del botín, producto de la guerra, se empleaba en nombre del Estado en dedicatorias ó fundaciones religiosas. Los tributos impuestos á los vencidos servian tambien para alivio de los ciudadanos; pero mas que todo les valia la moderacion en los gastos. Si se trataba de sostener una guerra, nada se perdonaba: escuadras, ejércitos, provisiones, todo se daba en abundancia; pero se reducian á lo ménos posible los gastos de la administracion ordinaria: primero, porque la mayor parte de los establecimientos públicos tenian fondos propios; en segundo lugar, porque ricos particulares tomaban á su cargo los espectáculos, las fiestas y las solemnidades, y finalmente, porque era tan honorífico el desempeño de los empleos públicos que á nadie ocurría hacerlos lucrativos. Todos los años se daban cuentas rigorosas del tesoro público, poníase en el fondo de reserva el resultado de las economías hechas; el Estado no contraía deudas, « no tenia la ambicion de enriquecerse, « ni conocia otro lujo mas que el esplendor de la libertad, mantenido con los triunfos. » No eran los impuestos mas excesivos en las monarquías, ó no lo llegaban á ser sino en caso de guerra. De las veinte regiones de su imperio no sacó Darío en un principio mas que la mitad de las sumas ofrecidas por los principales habitantes; pero cuando despues de haber subyugado el Egipto quiso conquistar la Escitia y la Grecia, cuando renovó su hijo Jérges estas locas empresas, ya no tuvieron limites las exacciones; el gobierno, segun sus necesidades ó sus caprichos, se abrogaba el derecho de disponer de la hacienda de los particulares, de cercenar las propiedades, y de consumir todos los productos; la sociedad ya no existía; solo quedaba un despotismo voraz bajo el nombre de Estado.

Otros medios políticos de algunos pueblos antiguos, y particularmente en ciertos lugares y tiempos, adquirieron un influjo igual ó superior al de las instituciones esenciales, por lo que debemos comprender en el estado social los establecimientos de beneficencia, de industria, de instruccion, y principalmente de religion.

Los de pura beneficencia ocupan una pequeñísima parte de la historia antigua; pues la esclavitud, poniendo á cargo de los dueños la manutencion de tanta parte del pueblo, disminuía el número de los aban-

donados á la conmiseracion pública. Las obras mandadas ejecutar por el gobierno y las vastas empresas militares ocupaban y consumian gran número de personas. Algunas leyes habian previsto tambien la indigencia de uno ú otro y designado á los que se debia socorrer; así el pueblo ateniense llenaba este deber respecto de los hijos de algun ciudadano virtuoso. Otro ingreso eventual eran las distribuciones y fastuosas munificencias que los grandes y príncipes se imponian. Por último, la hospitalidad y los muchos beneficios privados parecia que dispensaban á los Estados de extender esta parte de la administracion hasta el punto que ha sido necesario hacerlo en los tiempos modernos. Podrian, sin embargo, encontrarse, entre los Egipcios, los Griegos, y aun los Persas, algunos hospicios públicos y otros establecimientos para recoger á los extranjeros y caminantes ó personas sin hogar. Todo esto hacia pequenísimos el número de los indigentes.

Herodoto nos habla de la extension é importancia de las obras emprendidas en Egipto, Babilonia, Persia y Grecia, á expensas del pueblo y en provecho de los gobiernos. Encontrábanse allí á cada paso templos, palacios, ciudadelas, caminos, canales, puertos, bastiones, tumbas y pirámides. La industria privada no habria tenido ni voluntad para emprender, ni medios para llevar á cabo obras semejantes; pero las que hubiese querido y podido hacer, las habria hecho ciertamente con menor gasto y ménos imperfecciones, y habria sido acertado dejarle mas libertad de accion. Sin embargo, siempre resultaban mayores ventajas que inconvenientes de estas vastas construcciones, ordenadas y pagadas por los Estados; pues que sin cuidarse nadie de si el número de operarios era ó no excesivo, se aceleraba el progreso de la artes; y cuando no se dedicaban únicamente á la ostentacion, contribuian á la defensa de las ciudades y á la prosperidad de los imperios.

No sabemos cómo educaban los Egipcios á sus hijos; probablemente les enseñaban varias artes que no llegaron á la perfeccion entre este pueblo antiguo, pero que satisficieron las necesidades particulares del clima y del territorio. Jenofonte, en su novela política, nos muestra cómo se educaban los Persas; aunque puede ponerse en duda, no solo el hecho, sino hasta la bondad de su teoría, acomodada mas bien á la educacion espartana. De esta no nos habla Herodoto, pero por otros sabemos que segun las instituciones de Licurgo pertenecian los niños al Estado, no á las familias; y se llevaron tan adelante las consecuencias de tal principio, que se arrojaban al Taigeto á los que nacia débiles. Un Espartano perdía los derechos de ciudadano si no entregaba sus hijos de siete años para ser educados en comunidad, fuesen pobres ó ricos, en escuelas y por maestros sostenidos por el Estado. Dábase á los educandos una ligerísima tintura de las letras; pero aprendian á obedecer, á soportar las fatigas mas ásperas, y á dar y ganar batallas. Despues de haber encontrado Montesquieu en las leyes de Creta el origen de las de Esparta, y en las unas y las otras el tipo de las ideas de Platon, admira la filosofía y el genio de esta legislacion austera. El entusiasmo que le inspira un sistema que sin embargo tiene y confiesa por repugnante á todas las ideas, prueba la fuerza de las primeras impresiones sobre los mejores talentos, y por consecuencia el poder casi ilimitado de toda especie de educacion. La de los Atenenses fué mas doméstica: el Estado no la dirigia inmediatamente, aunque influía en ella por medio de las ideas y costumbres generales. La mayor parte de los hijos se educaban en el seno de sus familias, frecuentando las escuelas establecidas por el gobierno, ó abandonadas á la industria particular. Esta instruccion abrazaba muchos géneros de conocimientos, y cultivaba casi todos los talentos. Atenas, ó hablando mas generalmente la Grecia, tenia ya una literatura muy

extensa, filósofos y artistas. Considerábanse los ejercicios gimnásticos como parte principal de la educacion, porque contribuian al desarrollo de todas las fuerzas naturales; la medicina los recomendaba; la política los prescribia como preparacion para el arte militar, á ellos creía deber Esparta todos sus triunfos, y muchas veces menciona Herodoto las coronas obtenidas en los juegos por los guerreros que se habian señalado en las batallas. En los juegos ístmicos, en los píticos, y sobre todo en los olímpicos, se ofrecia el encantador espectáculo de todos los talentos, de todas las glorias y placeres mas nobles. Allí se animaba la sociedad, de la cual ni las leyes ni los libros nos dan jamas una idea completa y suficiente, porque no pueden reflejar su imagen sino de un modo pálido y confuso. Aquellos eran cuadros llenos de vida y sentimiento, á propósito para dar á los hombres el conocimiento de sus fuerzas, para revelar el poder de sus facultades, para mover y fecundar el génio, é inspirarle pensamientos sublimes y fértiles en resultados: eran vastas escuelas abiertas á todas las edades, que unian al nombre de una aldea cualquiera recuerdos inmortales; y su celebracion servia para medir la duracion de la libertad comun y el progreso de la prosperidad.

Pero de todas las instituciones antiguas, las mas notables por lo constante de su influjo y por la fuerza de su imperio son las que tenian carácter religioso. Aunque Herodoto habla á cada paso de la religion de los Indios y de la de otros pueblos de Asia Oriental, no nos da noticias circunstanciadas acerca de ellas; y son imperfectísimas las que nos comunica respecto de la de los Persas. Pero recogió cuantos documentos pudo sobre la mitología egipcia que nos representa como origen y tipo de las demas, y lo que dice acerca de ella es casi todo lo que sabemos con mas claridad y exactitud despues de tantos sistemas ideados para explicar los orígenes, la filiacion y relaciones de todas estas divinidades. Siendo necesaria ademas de las ideas naturales de un Dios único, ordenador del mundo y de una vida futura remuneradora, una revelacion divina para no ser extraviados por las fascinaciones de la imaginacion humana, los unos personificaron todos los atributos y hasta los actos del Ser Supremo, y encontraron su imagen en los fenómenos de la naturaleza, poniéndoles nombres para convertirlos en otras tantas deidades mas ó ménos distintas; otros trasladaron los dioses á los astros, y establecieron relaciones entre las revoluciones de estos y los movimientos de la voluntad divina; y muchos, admirados de las eminentes cualidades de algunos hombres, los tomaron por inmortales, bajados del cielo, adonde los volvieron á colocar despues de su muerte. Comparando las diversas cosmogonías y teogonías de los antiguos, se pueden echar de ver en ellas algunas fábulas comunes; en todas partes se encuentran emanaciones, reproducciones y apoteosis; pero pretender que todos estos cuentos dependan de una teoría única, sencilla y precisa, es buscar el orden en el caos, y tomar las semejanzas por unidad. Bueno es ciertamente confrontar las leyendas, comparar las nomenclaturas, explicar la una por la otra en cuanto lo permitan la completa inteligencia de los textos y los hechos bien averiguados; pero lo demas es pura adivinacion, por mas que se adorne con una apariencia de erudicion, acumulando citas ociosas y monumentos enigmáticos. Los antiguos, sea cual fuere la importancia que diesen á las creencias religiosas, no las redujeron á cuerpo de doctrina, ni las fijaron con ningun símbolo de fe: cada cual era árbitro de ataviar á su modo la historia de Osiris, de Júpiter ó de Baco; y los poetas se apropiaban todas estas leyendas, y las amplifican y modifican como mejor cumple á cada obra nueva.

Los homenajes y la docilidad no se exigian mas

que para los templos, los altares, las imágenes de los dioses, y las fiestas ó ceremonias establecidas en su honor. Se explicaban tales solemnidades con tradiciones diferentes y hasta contradictorias, todas igualmente admitidas. De ciertos relatos de Herodoto puede deducirse que los sacerdotes de la Tébas egipcia y Ménfis ejercieron en algun tiempo un poder moral, temible hasta para los mismos soberanos. Parece que bajo el mando de los reyes de Persia, principalmente despues de la exaltacion de Darío Histáspes, dominaron los Magos, que ya formaban un cuerpo. Despues de la toma de Troya se encuentran en Grecia pocos vestigios de un poder sacerdotal que pudiera hacer sombra á los magistrados ó á los ciudadanos. Haremos, sin embargo, dos únicas excepciones; la primera en el caso de una discordia civil, y la otra respecto de los ministros que pronunciaban oráculos en nombre del dios. Entre dos facciones opuestas generalmente, aunque no siempre, tenia la ventaja aquella á la cual favorecian los sacerdotes para con el pueblo, y ordinariamente protegían á aquellos cuyo triunfo por otras causas tenían ya previsto.

Es un hecho importante en la antigüedad la creencia generalmente dada á las respuestas de los oráculos, en especial al de Défos, el mas consultado, y por lo mismo el que tanto podia sobre los negocios de la Grecia. Las investigaciones de Van Dale y de Clavier han revelado bastante los artificios de tal género de adivinacion. Los ministros del oráculo se informaban con anterioridad de cuanto concernia á la persona y aventuras del consultante; teniendo medios para entenderse con los magistrados de las ciudades, en cuyo nombre era interrogado el dios; el profeta ó jefe del establecimiento dictaba las respuestas á la pitonisa, y la preparaba para pronunciarlas en tono profético. Sobre esto no queda dificultad alguna respecto del caso en que las consultas versaban sobre asuntos interiores de una sola república. Mas trabajo cuesta comprender cómo el profeta y la pitonisa se determinaban á dictar oráculos cuando la prediccion debia hacer prevalecer los intereses de una ciudad sobre los de otra. Es muy de creer que aquella que mejor pagase obtuviera la respuesta mas favorable. Herodoto trae ejemplos de esta especie de corrupcion, ó á lo ménos de sospechas que los incrédulos osaban concebir. En cuanto á concordar la profecía con el acontecimiento, no habia dificultad. En primer lugar la pitonisa proferia sus respuestas rápidamente, y los consultantes las debian retener en la memoria ó escribirlas sobre las tabillas; y como estas no eran revisadas por el profeta ó la pitonisa, ni certificadas ni registradas, el oráculo podia en caso necesario negar las palabras que le atribuían. Ademas las dictaba en términos ambiguos, susceptibles de interpretaciones muy diferentes. Por último, tales predicciones, bien que á menudo textualmente referidas, no nos son conocidas mas que por libros escritos como los de Herodoto, mucho despues de cumplidas, y nada nos obliga á creerlas auténticas; ántes bien, cuando están muy particularizadas y descienden aun á pormenores locales y personales, cuya prevision sería milagrosa, podemos afirmar con seguridad que son supuestas. Únicamente queda por averiguar por qué se mantuvieron á tanta costa estos fraudulentos artificios. Pero la razon de esto es clara: creíase útil engañar al pueblo y aprovecharse de su credulidad, para lanzarlo á una guerra ú otra resolucion cualquiera, cuyo buen éxito se le anunciaba de antemano en nombre de Apolo. Hay tambien autores que dicen que el oráculo de Défos servia constantemente á los verdaderos intereses de la Grecia, ejerciendo la mas benéfica influencia; cuestion que haria necesaria la discusion de muchos hechos, pero que está comprendida en la de saber si el fraude es un bien, y si las naciones á quienes se engaña ó se ciega son las únicas que están bien gobernadas.

Tambien se predecía el porvenir de muy distintas maneras; y entre las que como ejemplo nos presenta Herodoto, citaremos solamente la de buscarlo en las entrañas de las víctimas. Nada mas pueril que establecer una relacion entre pedazos de carne y el éxito de un combate; y eran aun mas despreciables tales presagios por el carácter innoble ó infame de los hombres empleados en proclamarlos; pues que todos aquellos cuyas aventuras personales nos refiere Herodoto con complacencia, habian sido pésimos ciudadanos, ántes de llegar á ser hábiles hechiceros. Quizá no encontraban los generales personas honradas para llenar tal ministerio. Puede creerse, á pesar de esto, que existieron adivinos de buena fe, ya que personas prudentes como Herodoto y mas firmemente Jenofonte, tuvieron por cierta la realidad de esta ciencia extraña; tambien creía en ella el general espartano Pausánias, que no era hipócrita; y fuerza era que los ejércitos y los pueblos creyesen igualmente á ejemplo de sus señores. La imaginacion, siempre pronta á lanzarse al porvenir, oye de mejor gana los oráculos que los consejos; y desdeña la prudencia vulgar, que prevé y no adivina, que está adocinada por la experiencia, y que reservada en sus promesas y tímida en sus amenazas, no las ofrece sino como simples probabilidades. Quiérense respuestas decisivas, predicciones infalibles; se apetezen mentiras.

Bajo el imperio de tan groseras supersticiones, no puede creerse que las costumbres antiguas fuesen siempre puras y siempre racionales. La buena fe pública es la primera condicion de la rectitud de los hábitos populares. Las supersticiones de las clases inferiores debilitaban en estas los sentimientos religiosos de justicia y humanidad, y las prácticas fraudulentas introducidas en el arte de gobernar disponian á los hombres públicos á las infidelidades mas vergonzosas. ¿Cuántas ciudades griegas fueron compradas con el oro ó espantadas por el poder del rey persa! ¿Cuántos generales y hasta ejércitos, tanto en las alianzas como en las deserciones, prescindieron de la bondad de las causas que defendían ó atacaban, y no calcularon sino las probabilidades del éxito! Leonidas fué abandonado por cinco mil aliados en las Termópilas, Pausánias por mas de cincuenta mil en Platea, y pasamos por alto otros muchos hechos.

Las compilaciones modernas no pueden hacer las veces de fuentes vivas, y nada podia retardar los verdaderos estudios históricos mas que la preferencia dada á aquellas sobre el original de Herodoto; preferencia tanto mas incomprensible cuanto que la obra de este es mas instructiva é interesante en todos conceptos, y está mucho mejor escrita.

(F) pág. 532.

SOBRE EL ECLIPSE PREDICHO POR TÁLES, Y OTROS ECLIPSES HISTÓRICOS.

Prendemos demostrar que la prediccion de Tales es quimérica, que no está apoyada ni por la ciencia, ni por la historia, y que solo ha llegado á consolidarse porque nadie se ha tomado el trabajo de examinarla y discutirla.

¿Qué es lo que dice Herodoto de cuyo testimonio se ha hecho tanto caso acerca de esta prediccion de Tales? Véanse sus propias palabras en el libro I, núm. 74.

« Poco tiempo despues, negándose Aliátes á entrar á Cijáres los Escitas que este le reclamaba, se guerreó entre Lidios y Medos por espacio de cinco años, en los cuales frecuentemente los Lidios vencieron á los Medos y estos á los Lidios, y en una ocasion hasta se peleó de noche. Haciéndose,

» pues, la guerra con igual fortuna por ambas partes, » en el sexto año de este conflicto, ecaeció que en el » fervor de la pugna, el día, de repente, se convirtió » en noche; y esta mutacion del día, Tales Milesio » habia predicho á los Jonios que sucedería precisa- » mente en el año mismo en que sucedió; y los Li- » dios y los Medos viendo que la noche reemplazaba » al día, cesaron de pelear, y al punto se apresuraron » á hacer la paz. »

Lo que aquí refiere Herodoto, se reduce á muy poca cosa: á que Tales habia anunciado, que en el intervalo de un año fijado por él, sucederia un súbito é imprevisto cambio del día en noche; no se habla de eclipse, ni de sol ni de luna. Tenemos una relacion histórica irrecusable, absolutamente semejante á la de Herodoto, sobre un pretendido eclipse total de sol, que sin embargo no se verificó, es decir, el que se cuenta como acaecido á la muerte de Cristo. Todos saben que este sucedió en plenilunio, tiempo imposible para los eclipses. Por eso ninguno de los evangelistas hace mencion de un eclipse, y solo citan este fenómeno como Herodoto, diciendo que « se cubrió toda la tierra de tinieblas y el sol se oscureció. » No se habla, pues, de eclipse, el cual por lo demas no fué tan grande cuando no impidió á los soldados puestos junto á la cruz distinguir el vaso del vinagre, la esponja y la caña, ni tampoco á los discípulos y mujeres que habian seguido á Jesus ver de lejos cuanto sucedia (MARC. XV, 40; LUC. XXIII, 49); lo que no hubiera podido verificarse si el sol se hubiera oscurecido enteramente. Por esto, Orígenes en su comentario á San Márcos atribuye estas tinieblas á una densa nube que interceptó los rayos del sol, la cual quizá no era mas que una espesa niebla que difundió grande oscuridad; y la voz griega *σζοτος*, que en latin se traduce *tenebræ*, podia tambien traducirse *caligines*, niebla (V. SCHNEIDER, Dicionario griego. *σζοτος* parece ser de la misma familia *οζα*, sombra). *Caligat in sole*, dijo Quintiliano para expresar que no se veía con la claridad que al medio día.

No indicando Herodoto el momento fijo de este pretendido eclipse, los astrónomos y los cronólogos se afanaron en buscarlo, pero en sus conjeturas hay una variacion de veinte y seis años. Se supone que el eclipse predicho por el filósofo milesio fué uno de estos seis: el de 607, 30 de julio; ó el de 603, 18 de mayo; ó el de 601, 20 de setiembre; ó el de 597, 9 de julio; ó el de 585, 28 de mayo; ó el de 581, 16 de marzo. Estos eclipses acaecieron en efecto en las fechas que se dicen; pero ¿cuál es el de Tales? Se pretende que aprendió de los Caldeos á hacer uso del *saros* ó ciclo de la reproduccion de los eclipses en el orden mismo, en diez y ocho años y once días; pero á esto hay una pequeña objecion que hacer, y es que en tiempo de Tales los Caldeos no se hallaban en estado de predecir eclipses de sol. Diodoro Siculo que habia estado en Babilonia, nos lo asegura en el cap. 9 del libro II, diciendo: « Aunque corren entre ellos diversas opiniones sobre los eclipses de sol, nada de cierto enseñan acerca de este hecho, ni aun se atreven á expresar su opinion sobre la causa de tal fenómeno, ni á predecir en qué tiempo debe efectuarse. » Si pues en tiempo de Diodoro estaban los Caldeos tan poco adelantados en la prediccion de los eclipses de sol, ¿qué les sucederia en tiempo de Tales, es decir, seiscientos años ántes? ¿Puede imaginarse que Tales aprendiera de ellos un método que ignoraban seiscientos años despues de su muerte? Diodoro los vituperaba tambien, porque si predecian algunos eclipses, lo verificaban con gran reserva, con subterfugios y ambigüedades, como, por ejemplo, que tal eclipse sucederia en tal día, á no estorbarlo las plegarias dirigidas á los dioses, etc.

Otros autores siguiendo á Herodoto han hablado de la prediccion de Tales, pero no hacen mas que repetir ó desfigurar lo que aquel habia dicho. San Clemente

de Alejandria, en el libro primero de los *Strómatas*, refiere que Eudemo, astrónomo griego, dijo en su historia de la astrología que Tales habia predicho el eclipse de sol acaecido mientras estaban en guerra los Medos con los Lidios, reinando Cijáres. Diógenes Laercio, que escribia poco ántes, dice en la vida de Tales, que se atribuían á este filósofo las primeras lecciones de astrología (esto es, de astronomía) que se dieron en Grecia; que él fué el primero que predijo los eclipses de sol, segun lo refiere Eudemo en la historia de la astrología; que se habia granjeado la admiracion de Jenofonte y de Herodoto; que Heráclito y Demócrito le rendian el mismo homenaje, etc. Herodoto y Eudemo eran casi contemporáneos, escribiendo ambos ántes de la guerra del Peloponeso, unos cinco siglos á. C. San Clemente de Alejandria y Diógenes Laercio escribieron á fines del siglo segundo, esto es, unos setecientos años despues que Herodoto y Eudemo, y ninguno de los dos cita las propias palabras de Eudemo, de modo que ignoramos de qué manera contaba este en su historia la prediccion de Tales. Pero Herodoto ha llegado hasta nosotros; por lo tanto á él debemos acudir como á única fuente, con preferencia á Diógenes y á San Clemente, que nada pueden atestiguar de cuanto hace relacion á tal eclipse.

Añadiremos aquí por via de corolario, que Tales no se hallaba en estado de predecir un eclipse total de sol. En primer lugar, es evidente que no pudo hacerlo por medio de tablas de los movimientos verdaderos del sol y la luna, no conocidas en su tiempo, en el cual apenas se sabian sus movimientos medios. Para explicar, pues, cómo pudo Tales llegar á predecir el eclipse, se recurre al conocimiento de los períodos, los cuales en efecto fueron uno de los primeros descubrimientos de los astrónomos, pues que bastaba la atencion para descubrir que los astros volvian, en ciertos tiempos determinados, á su misma situacion respectiva; y siendo el sol y la luna los astros mas visibles; se debieron notar muy pronto sus regulares vueltas al mismo punto. Plinio habia dicho ya en la *Historia natural*, que los eclipses de sol y luna se volvian á realizar en el mismo orden é igual punto del cielo, despues de doscientos veintitres meses, cuyo período es el que se llama *saros de los Caldeos*. Hiparco, Tolomeo y Gémino habian conocido tambien este período de diez y ocho años, y lo habian rechazado como insuficiente. « Los Caldeos, dice Tolomeo, buscaron los movimientos medios de la luna, comparando los eclipses » de este planeta, imaginando que de uno á otro debia » trascurrir siempre igual espacio de tiempo; » por esto habian elegido el mas breve que se podia » encontrar, que era el de diez y ocho años egipcios, » quince días y cerca de un tercio de día; haciéndoles » crear sus pocos adelantos en la astronomía que los » mismos eclipses volvian á verificarse despues de tal » período. » En efecto, cuanto mas nos separamos de este, mas disminuye su precision, tanto que de período en período se reduce á cero. Pero aun suponiendo que Tales hubiese tenido conocimiento de dicho período, no hubiera podido darle mas que una debilísima probabilidad de la vuelta de un eclipse. Observando un eclipse en un lugar, al reaparecer diez y ocho años despues, visto ocho horas mas tarde; treinta y seis años despues, será diez y seis horas mas tarde; y así sucesivamente. Acaecerá, pues, frecuentemente que un eclipse que se ha verificado de día volverá á verificarse de noche al cabo de diez y ocho á treinta y seis años, siendo por tanto invisible; ¿y entonces qué será de la prediccion? Un eclipse total de sol, en el segundo período, no será total, sino solo de algunos digitos, ni hay ejemplo en la astronomía de un eclipse total de sol que haya vuelto á ser total al cabo de diez y ocho años. Es, pues, enteramente imposible que este período haya servido á Tales para anunciar el eclipse total de sol.